

Del sueño a la pesadilla europea

Jaime Pastor

La coincidencia del No irlandés al Tratado de Lisboa con la agravación de la crisis multidimensional que estamos viviendo a escala global y con las nuevas directivas que está adoptando la UE en los últimos tiempos -con, en primer plano, la de “la vergüenza” y la de las 65 horas- está contribuyendo a profundizar la crisis de legitimidad del “proyecto europeo” ante amplios sectores de la población. La paradoja está en que la creciente desafección popular hacia “esta Europa” tropieza con una dramática ausencia de alternativas creíbles, debido no sólo al descalabro de la vieja izquierda, víctima de su progresiva “norteamericanización” (siendo quizás el caso italiano el más extremo y trágico) sino, sobre todo, a la escasa movilización sindical y a la debilidad de la izquierda radical para articular las diferentes expresiones de malestar y de protesta que se están manifestando hacia una salida antineoliberal y anticapitalista. Pero no todo es sombrío en este panorama: hay signos de cambio y de esperanza en la superación de esas limitaciones en los próximos tiempos que habrá que estimular a partir de las resistencias y los conflictos sociales que están emergiendo.

1. Una crisis global: ¿TINA o NINA?

La naturaleza de una crisis global que parece apenas estar en sus inicios es ya objeto de muy diversos análisis e interpretaciones, pero no por ello impide un amplio consenso sobre el extraordinario alcance de la misma y sus posibles similitudes con crisis como la vivida en 1929. Pero incluso cuando se asimila a esta última, se olvida, entre otras, una diferencia fundamental y es la que tiene que ver con la dimensión ecológica de la actual. Porque, aunque pueda tener tintes apocalípticos, es difícil estar en desacuerdo con el diagnóstico que establece Mike Davis (2008) cuando sostiene que “*aunque ningún periódico norteamericano o europeo haya publicado todavía el obituario científico, lo cierto es que nuestro mundo, el viejo mundo en el cual hemos vivido los últimos 12.000 años se acabó*”. Como afirma el estudio de una comisión de la Sociedad Geológica de Londres citada por Davis, en realidad hace ya tiempo que hemos abandonado la era geológica relativamente estable del holoceno para entrar en una nueva era, la del antropoceno, caracterizada por la tendencia al calentamiento global y a la inestabilidad radical del medio ambiente, con manifestaciones cada vez más frecuentes e intensas a través de catástrofes socio-ecológicas en diferentes partes del planeta (que afectarán, como siempre, con mayor dureza a los sectores y regiones más empobrecidos del “Norte” -como ha ocurrido con el “Katrina”- y del “Sur”, incluidas las pandemias) y efectos cada vez más destructivos en la biosfera.

Si a esa dimensión relacionada con la transición a otra era histórica sumamos la tendencia al agotamiento de la, más corta, basada en el petróleo, en tanto que

recurso fundamental en el que se ha apoyado el modelo industrialista capitalista (y, no lo olvidemos, también el que regía en el extinto bloque soviético) para su propia extensión y, con ella, una mayor depredación ambiental, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XX, la crisis adquiere una gravedad aún mayor. Porque no sólo está contribuyendo a intensificar los conflictos geopolíticos y las guerras en zonas estratégicas clave (especialmente, el “Gran Oriente Medio”) sino que además el “fin del petróleo barato” está fomentando una escalada de los precios de gran cantidad de productos dependientes de esa fuente energética y pone en cuestión el “crecimiento económico” seguido hasta ahora.

La hambruna que se extiende ya a continentes enteros, como el africano, se revela así como otra de las caras de esa crisis, ya que tiene que ver no sólo con la carrera inflacionista, acentuada a la vez por especuladores que han entrado en el mercado de futuros de las materias primas aprovechándose de la explotación de los agrocombustibles en muchos países del “Sur”, sino sobre todo, como denuncia Vía Campesina, con *“muchos años de políticas destructivas que socavaron las producciones nacionales de alimentos y obligaron a los campesinos a producir cultivos comerciales para compañías multinacionales y a comprar sus alimentos de las mismas multinacionales (o a otras...) en el mercado mundial”* ^{1/}. Queda así de nuevo desenmascarada, de manera más trágica si cabe, la inmoralidad de un *“libre comercio”* predicado desde un “Norte” que se aferra a sus privilegios proteccionistas, pese a que no ha logrado todavía todos sus objetivos fijados en la Ronda de Doha de la OMC. Porque el problema tampoco está en el aumento de la población mundial (cuya tendencia, además, está cambiando, incluyendo a países del “Sur”), como pretenden algunos con el fin de crear falsas alarmas sobre un planeta “lleno”, sino en la injusta redistribución de la riqueza y en la insostenibilidad del actual “modelo”, ya que, como sostiene la FAO, el planeta podría alimentar hasta 12 billones de personas en el futuro.

Pero, además, esa triple crisis está íntimamente relacionada con la que más preocupa a las élites dominantes: el estallido de la burbuja financiera e inmobiliaria, iniciado en Estados Unidos a partir de la morosidad de las “hipotecas basura” y que está teniendo efectos multiplicadores en otras economías, principalmente europeas, como es el caso de la española, particularmente favorecida por ese “modelo” especulativo y, por tanto, mucho más vulnerable, como hemos podido comprobar con la quiebra de esa punta del iceberg que era Martinsa-Fadesa y su “efecto dominó” en otros sectores. Ha sido a raíz de la verificación del desastre generado por la “globalización financiera” (y de la incertidumbre que crea, dada además la opacidad del gran capital sobre la cantidad de recursos que están en juego, pese a toda la retórica empleada sobre la “transparencia” y la “rendición de cuentas”) cuando han empezado a proliferar artículos y comentarios, incluso de gente ajena a la izquierda, denunciando al neoliberalismo como principal res-

^{1/} “Una respuesta a la crisis global de los alimentos de campesinos y pequeños agricultores: ¡Podemos alimentar al mundo!” (disponible en <http://www.viacampesina.org>).

ponsable del panorama sombrío que se presenta, al menos a corto plazo, para el capitalismo. Así lo ha hecho Joseph Stiglitz pero son ya muchas las voces que le están siguiendo ante las perspectivas a corto plazo de “estagflación” que podrían verse seguidas luego, como pronostica Ramón Fernández Durán (2008), por un “*decrecimiento caótico*”, al menos en “Occidente”. Por eso estaríamos dejando atrás ya, como sugiere Peter Evans (2008), el viejo discurso del TINA (“*There is No Alternative*”. No hay alternativa) para pasar al del “NINA” (“*Neoliberalism Is Not Alternative*”). El neoliberalismo no es alternativa).

A esa conjunción de crisis, denominada ya vulgarmente como “la tormenta perfecta”, habría que sumar otra no menos relevante: la que tiene que ver con la crisis de hegemonía del imperialismo estadounidense, no sólo desde el punto de vista económico y monetario sino también desde el geopolítico (particularmente en América latina y Oriente Medio), pese a que en el plano militar sigue siendo predominante y a que no existe todavía relevo al mismo ni por parte de las potencias emergentes asiáticas -convertidas en epicentro de la economía global- ni por la Unión Europea. El declive del neoconservadurismo “duro” y la incapacidad del G-8 para garantizar una respuesta viable a la crisis y a la inestabilidad financiera son claros ejemplos de la crisis de “gobernanza global” que, eso sí, está ofreciendo “ventanas de oportunidad” en distintos países semiperiféricos y periféricos para desafiar al imperialismo estadounidense, a las grandes empresas transnacionales o a las directrices procedentes de las Instituciones Financieras Internacionales y de la OMC. Sólo la OTAN aparece como la “policía con vocación global” que va extendiendo sus tentáculos por todas partes (ahora con nuevos socios como Croacia y Albania y otros a la espera) ofreciendo así su “puño de hierro” (adornado con la retórica de defensa de la democracia y de los derechos humanos /2) a la “mano” cada vez más visible de una “economía de mercado” occidental en su búsqueda desesperada de “seguridad energética”, como se ha podido comprobar con los compromisos contraídos en su reciente cumbre de Bucarest. Pero ni siquiera en Afganistán esa “Alianza Atlántica” se ha mostrado capaz de atenuar una inestabilidad política creciente que se ha extendido al país vecino, Pakistán, también clave para su estrategia común en la región. De ahí la insistencia estadounidense -incluido Obama- en una mayor implicación europea en esa zona. El gobierno español no sólo se dispone a responder favorablemente a esa solicitud sino que se ofrece a extenderla al gobierno militarista colombiano como contraprestación por haber colaborado en la criminalización de Remedios García.

Es cierto que algunos de los factores de la crisis actual -como el energético, el monetario o el declive estadounidense- también se produjeron durante los años 73-80, como han recordado muchos economistas y, también, investigadores-activistas como Georges Caffentzis (2008). Pero las diferencias relativas a la tendencia al ca-

2/ Para comprobar la utilidad de ese discurso en algunos países del Este, es muy ilustrativo el artículo “Paz, Amor y OTAN. La construcción imperial de discurso en Europa Central”, de Merje Kuus (disponible en <http://www.vientosur.info/documentos/OTAN.pdf>).

lentamiento climático y sus efectos (pese a que ya entonces alertara de ello el Club de Roma), por un lado, y a la magnitud de las contrarreformas llevadas a cabo por el neoliberalismo global desde entonces, por otro, hacen mucho más grave la actual. Por eso, pese a sus tensiones internas y a los nuevos vientos más “proteccionistas” de las grandes potencias, incluida la UE, no es difícil encontrar un amplio consenso en ese amplio “bloque de poder transnacional” sobre la medicina a emplear para intentar salir de esta crisis global. Su propósito común es poner en pie una Nueva Economía Política, dirigida a encontrar soluciones espacio-temporales que permitan una huida hacia delante mediante la intensificación de una mayor explotación de los combustibles fósiles -aun a costa de degradar nuevos espacios como el Ártico- el relanzamiento de la energía nuclear, nuevos procesos de desposesión de bienes comunes y ataques más decididos a derechos y libertades básicas de la clase trabajadora y los pueblos empobrecidos del mundo, en nombre, eso sí, de la necesaria “austeridad” (apoyada en una retórica ambientalista ante el cambio climático y la crisis energética) y de la continuidad de la “guerra global contra el terror” para garantizar la “seguridad” de “Occidente”.

En resumen, se trata de dar nuevos pasos hacia un creciente “dumping” ecológico, social y fiscal a escala planetaria con el fin de sentar las bases de una nueva fase de “crecimiento económico” y de acumulación de capital (unida a nuevos procesos de fusiones y concentraciones de capitales, como estamos viendo ya en la UE), acompañada de una mutación progresiva del paradigma del Estado de Derecho y democrático en otro tendente al Estado penal (con Guantánamo como paradigma de los “guantánamitos” que por tierra, mar y aire proliferan por el mundo) y oligárquico, dispuesto a garantizar a sus “clases medias blindadas” respectivas la preservación de su “bienestar” y su “seguridad” frente a las “amenazas” internas y externas. Ese es el panorama sombrío que no está lejos del “fascismo societal” que en sus distintas variantes denuncia desde hace tiempo Boaventura de Sousa Santos (1999) y que, asumiendo que debemos prever la peor de las hipótesis, podría conducir a un régimen internacional neofascista, como teme también entre otros Jorge Riechman (2007).

2. El despotismo antiilustrado de la UE

Ése es el contexto general, sucintamente expuesto, en el que podemos insertar el debate relacionado con la UE y su futuro. Porque es evidente que, al menos desde el Acta Única de 1986, el europeísmo “hayekiano” (Gowan: 2006) que ha ido predominando dentro de Europa Occidental ha respondido a su obsesión por acelerar los ritmos de construcción de un bloque económico, comercial y monetario dispuesto a competir con otras grandes potencias en mejores condiciones dentro del referente común neoliberal. Con ese propósito había que avanzar en su “integración negativa” -renunciando a una política económica nacional-estatal con el fin de delegarla en instituciones de la UE como “capitalista colectivo ideal” a esa escala- mediante la liberalización de los mercados, la “desregulación”, la privatización de sectores estratégicos enteros (telecomunicaciones, transporte aéreo y por carretera, servicios postales, energía...) y la mercantilización de otros (pen-

siones, sanidad, educación) /3, con el fin de posteriormente promover una “integración positiva” en el plano político y militar.

Pero el problema con el que han tropezado los promotores de esa visión funcionalista ha sido no sólo la heterogeneidad económica existente dentro de la UE ampliada sino, sobre todo, la persistencia de diferentes relaciones de fuerzas entre las clases a escala de cada Estado. Era necesario, por tanto, forzar la carrera hacia el “mercado único” mediante la “armonización hacia abajo” de las políticas sociales y fiscales, con el fin de ir rompiendo el amplio consenso que las conquistas sociales logradas durante las décadas anteriores habían logrado en la mayoría de la población. Se produjo así la paradoja de que, al mismo tiempo que, coincidiendo con la puesta en pie del Tratado de Maastricht y el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, se codificaba y mitificaba el “modelo social europeo” como signo de identidad diferenciada frente al resto del mundo, se emprendía su desmantelamiento gradual en nombre de la “integración europea”, de su “competitividad” y de las condiciones que había que crear para alcanzar la convergencia monetaria, exigiendo de los gobiernos estatales su fidelidad estricta a aquéllas para poder formar parte del Eurogrupo. Luego, la Agenda de Lisboa de 2000 daría un nuevo impulso a ese proceso en el contexto de la crisis de la “globalización feliz”, abocando así a lo que Jacques Delors llegó a criticar como “*radicalismo de mercado*”. Éste ha conseguido un “euro fuerte”, aunque lejos de alcanzar la “cuota de mercado” del dólar y sin poder frenar el desplazamiento de la economía global al Pacífico; pero, sobre todo, ese “logro” se ha debido gracias a una mayor redistribución de la renta de abajo hacia arriba (la participación de los salarios en el PIB de la UE ha descendido once puntos en los dos últimos decenios), con la consiguiente agravación de las desigualdades sociales (especialmente alarmantes, además, en el sector en aumento de la población de mayor edad) y territoriales dentro de la UE, acentuadas más todavía tras la entrada de los nuevos países del Este (Hermann y Hofbauer, 2007). Esto es algo que la misma Comisión Europea ha ido reconociendo en sucesivos informes /4, pese a constatar en más de uno, como el del “superexperto” André Sapir, que en realidad el régimen de Estado de Bienestar que mostraba mejor combinación de eficiencia y equidad era aquél que menos se había debilitado, o sea, el escandinavo /5.

3/ Lo más dramático de los avances conseguidos en todo este proceso es que, pese a la abrumadora “opinión publicada”, no ha habido un cambio mayoritario de la opinión pública en la UE a favor de las privatizaciones. En realidad, funcionó, como observaba en el caso español Juan Pan-Montojo (2003), la teoría de la espiral del silencio (crear una ‘consonancia irreal’, un consenso básico que empuja al silencio a los disidentes), ya que incluso los portavoces sindicales se dedicaron más a la defensa de los afectados (y no siempre ni con las mejores propuestas) por las privatizaciones que a un discurso general de apuesta por el sector público.

4/ Ya en “European values in the globalized world” (20/10/05), la Comisión Europea reconocía que había 19 millones de desempleados dentro de la UE. Desde entonces, y ahora ante los efectos de la crisis, su número no deja de crecer. Para una actualización de éstos y otros datos, su evaluación crítica y propuestas alternativas se puede consultar el último informe del Euromemorandum Group (2007).

5/ Pese a que allí también se están dando ataques al mismo, contrarrestados por ahora en casos como Noruega y Suecia por fuertes resistencias de los sindicatos y de la izquierda antineoliberal. Para el caso noruego: Odd Anders, “Noruega: de cómo el pueblo recobró la voz y la socialdemocracia tuvo que virar a la izquierda”, 08/07/07, www.sinpermiso.info; para el sueco: Tom Sandborn, “Suecia da la espalda a la sanidad privada” (disponible en www.casmadrid.org).

Como ya no bastaba con una táctica diversificada y había que “blindar” todo ese proceso, tanto ante la progresiva ampliación al Este de la UE como frente a los nuevos retos de la competencia con los otros polos de la “globalización” en la lucha por el control de las distintas zonas del planeta, se acordó dar un nuevo paso adelante mediante una constitucionalización a escala de la UE de todo lo que se había ido reflejando a través de la larga cantidad de directivas que se fueron adoptando durante todos estos años. De ahí que la Tercera Parte del proyecto de Tratado Constitucional Europeo no fuera una mera adición al resto sino que, en realidad, era la verdadera “constitución económica” que condicionaba lo que retóricamente podía haber de “presentable” en las otras partes. El autismo de las élites europeas (incluida la “socialdemocracia”) ante el cambio de percepción popular que se estaba produciendo frente a ese intento de legitimación despótica de su proyecto no les hizo, sin embargo, pensar siquiera en que ese Tratado pudiera ser rechazado en referéndum en países fundadores como Francia y Holanda en 2005 y por eso ni siquiera previeron un “Plan B”. Pero así ocurrió y tuvieron que modificar el calendario previsto aunque no las intenciones que, tercamente, han ido repitiendo desde entonces sus portavoces más serviles y fundamentalistas, destacando entre ellos el eurodiputado español Carlos Carnero y el nuevo secretario de Estado español para la UE Diego López Garrido.

La posterior victoria electoral de Sarkozy en Francia dio, además, un nuevo aliento a las mismas, emprendiéndose desde entonces una nueva carrera que si tuvo en la aprobación de la directiva Bolkenstein de “liberalización” de servicios, aunque reformada, su más clara manifestación, se ha visto seguida por el nuevo impulso que se pretende dar a la “flexiguridad” /6 (más bien, “flexplotación”), o sea, hacer más barata para la patronal la táctica de “usar y tirar” a cualquier trabajador/a una vez sobreexplotado/a suficientemente y, a la vez, limitarse a ofrecerles unos derechos de protección social mínimos para obligarle a “aceptar” cualquier tipo de empleo (Etxezarreta, 2008), la directiva de “retorno” de inmigrantes (aprobada ya por el Parlamento Europeo), la de las 65 horas (que permite, además, dar un nuevo paso en la individualización de las relaciones laborales) y otras más que, de forma más discreta (como la que exige mayor libertad para las ETTs), se han ido adoptando; junto con las sucesivas sentencias que, con algunas excepciones referentes sobre todo al medio ambiente (pese a que la UE es la segunda emisora de gases de efecto invernadero del planeta), ha ido tomando el Tribunal Europeo de Justicia (como en los casos Laval, Viking, Ruffert y Luxemburgo), todas ellas al servicio de un mayor “*dumping* social y fiscal” dentro de la UE, paralelamente a la continuación de las políticas de privatizaciones /7. Todo este arsenal legislativo y judicial corrobora los pronósticos más pesimistas

6/ Para un breve y sintético recorrido sobre los orígenes, evolución y tipos de “flexiguridad” se puede consultar el trabajo de Marten Keune y Maria Jepsen “Not balanced and hardly new: the European Commission’s quest for flexibility”; disponible en <http://www.etui-rehs.org/research/activities/Employment-and-social-policies/Reports-and-discussion-papers/WP.2007.01>.

7/ Para un seguimiento de las privatizaciones en sectores como la sanidad, la educación o las pensiones dentro de la UE se puede consultar, entre otros, el sitio web <http://www.presom.eu>.

que pudimos hacer respecto al rumbo neoliberal que estaba adoptando la Unión Europea ya que, a medida que se aplique al conjunto de países miembros, de llevarse a cabo supondrán la profundización de las brechas y divisiones ya abiertas dentro de una clase trabajadora cada vez más multicultural y feminizada y, al mismo tiempo, más fragmentada, precarizada y... endeudada. En resumen, el riesgo al que tenemos que hacer frente es el de una derrota histórica de alcance muy superior al producido en los años 73-80.

Pero si la verdadera demolición del “modelo social europeo” ha sido la cara más visible de ese proyecto en el plano interno, no conviene olvidar la otra vertiente neocolonial, imperialista y militarista que ha ido desarrollando la UE en tanto que uno de los principales motores de la globalización neoliberal ⁸, como hemos podido ver en su propuesta de Acuerdos de Partenariado Europeo con los países ACP (África, Caribe y Pacífico), en su política en Oriente Medio, dada además su mayor dependencia energética, o en su ahora reformulada “Unión por el Mediterráneo” (que, más bien, pretende la eliminación de las barreras comerciales a favor de la orilla eurooccidental y la militarización de los muros en la orilla sur frente a la inmigración), por no hablar de sus presiones sobre los pueblos más empobrecidos en el marco de las negociaciones promovidas por la OMC. Todo ello unido a la superación de los “malentendidos” con el amigo americano, puesto que no hay que olvidar que las diferencias tácticas que con Bush llegaron a manifestar Francia y Alemania con ocasión de la invasión estadounidense de Iraq se convirtieron pronto en reconciliación, siempre en función del interés común por evitar que otras grandes potencias interfieran en una zona geoestratégicamente clave. El Documento Solana sobre la Estrategia de Seguridad de la UE venía a confirmar esa “*solidaridad transatlántica*” ⁹ frente a las mismas amenazas descritas por EE UU, pese a que en el caso europeo se vieran acompañadas por la pretensión de dar mayor relevancia retórica a un “poder blando”, incapaz de ocultar ya su propia militarización. Porque no hay que olvidar que, pese a las dificultades de ponerse de acuerdo sobre una política exterior común y a su debilidad en este plano respecto a EE UU, la UE es hoy la segunda potencia del mundo en gasto militar y aspira, ahora ya sin las reticencias francesas, a reforzar el “pilar europeo” de la OTAN.

Junto a esos planos antisocial y neocolonial no cabe olvidar el relacionado con ese “estado de excepción” que se está generando no sólo en relación con la “lucha antiterrorista” (mediante la extensión de las categorías a incluir entre los “sospechosos potenciales”, como ocurre con el llamado “terrorismo desarmado” en el caso vasco o, ahora, con el procesamiento de Remedios García) sino, sobre todo,

⁸/ No olvidemos que la UE es corresponsable con EEUU de alrededor del 80 % de las normas y estándares internacionales que regulan los mercados globales, incluyendo el dólar y el euro. El Informe de la Comisión Europea “Global Europe: Competing in the World”, de octubre de 2006, no ha hecho más que reforzar la agresividad mercantil de la UE en la defensa de los intereses de las empresas transnacionales europeas en otras regiones.

⁹/ Una “solidaridad” que en realidad es subordinación a la todavía gran potencia hegemónica, verificada de nuevo con el apoyo de la UE a la instalación del sistema de defensa antimisiles estadounidense en la República Checa y Polonia.

con la “inmigración ilegal” (fórmula perversa empleada para convertir, gracias a la directiva de la vergüenza, a más de ocho millones de trabajadores “no comunitarios” en principal chivo expiatorio de la crisis global para relegarlos a una condición infrahumana en campos de concentración, en “agradecimiento” a los servicios prestados en la época de las “vacas gordas”) /10. Todo ello reforzado con los acuerdos (públicos y secretos) con EE UU en materia de seguridad, o con el tratamiento represivo de las distintas formas de disidencia; por no hablar de la extensión de la práctica de la tortura, como la misma Amnistía Internacional ha denunciado. No es, por tanto, difícil coincidir con conclusiones como la que establece Jean-Claude Paye ante los avances del “Derecho penal del enemigo” cuando sostiene que estamos asistiendo al “final del Estado de Derecho” (2008).

A esa crisis del “Estado de Bienestar y de Derecho” se une la de su presunto carácter “democrático” en el marco de la UE. Porque no sólo se ha hecho oídos sordos a todos los referendos negativos que ha habido (obligando a los pueblos que así respondieron a repetirlos para que saliera el sí) sino que ni siquiera se han producido debates sustanciales en los parlamentos de ámbito estatal sobre la política de la UE. Se ha dejado así a los gobiernos respectivos un amplio margen de maniobra para consensuar decisiones políticas de enorme alcance para el conjunto de las poblaciones europeas y delegar en instituciones como el Banco Central Europeo la gestión del “núcleo duro” de una política económica y monetaria que se ha convertido en una “camisa de fuerza” para impedir cualquier política de izquierdas a escala estatal. La “soberanía popular” se ha visto así sustituida por un poder oligárquico, obligado a rendir cuentas sólo ante los “lobbies” empresariales y al servicio de un capital especulativo sobre el cual reconoce su incompetencia para “controlarlo” ante el desastre financiero que ha provocado. Por si fuera poco todo esto, nos encontramos ahora con que el Parlamento Europeo, que en palabras de algunos “socialistas” estaba destinado a frenar los avances neoliberales de la Comisión, ha mostrado su identificación con el racismo institucional en ascenso apoyando una directiva como la de la vergüenza, contraria a principios básicos del Derecho Internacional y rechazada incluso por medios de opinión liberales occidentales. Por ese camino se está profundizando, más si cabe, el eufemísticamente llamado “déficit democrático” de la UE y, con él, la “desafección ciudadana” ante la misma. El problema está en que todo esto no ha ido en beneficio de un europeísmo alternativo de izquierdas sino, más bien, de una mayor inclinación al repliegue nacionalista de Estado y del auge movimientos y partidos abiertamente xenófobos.

Otro tipo de respuesta que conviene diferenciar, caso por caso, sería el procedente de los nacionalismos sin Estado, como el flamenco, el escocés o el vasco, por no hablar del más singular de Groenlandia, ya que, aun teniendo en cuenta los intereses diversos y las particularidades respectivas que se mezclan con la legítima reivindicación

10/ Con Berlusconi en la vanguardia de ese proceso, ahora con la militarización de la represión contra el pueblo gitano, pero sin olvidar el papel del gobierno español en su cerco permanente a la población procedente del África subsahariana, con la ya larga lista de muertes que arrastra.

ción de sus derechos nacionales, no cabe duda que contribuyen a desvelar el doble rasero de una UE que considera intocables las fronteras de sus “viejos” Estados miembros mientras no tiene reparos en apoyar la formación de nuevos Estados (“virtuales” en más de un caso) en el Este por razones geopolíticas y geoeconómicas.

El “Tratado de Lisboa” (mera reformulación, salvo en aspectos formales y muy secundarios, del proyecto constitucional fallido /11) se convirtió así en el “Plan B” que debía superar el *impasse* de los referendos francés y holandés pero, de nuevo, su rechazo popular en Irlanda ha vuelto a colocar contra la pared a unas élites europeas que insisten, sin embargo, en pasar por encima de ese resultado para alcanzar su aprobación definitiva antes de la convocatoria de las elecciones de junio de 2009 al Parlamento Europeo. Para ello deberían, sin embargo, bien obligar a Irlanda a un nuevo referéndum (como pretende Sarkozy, pese al escándalo que ello supondría, teniendo en cuenta además la violencia ejercida contra el mismo pueblo irlandés con el segundo referéndum sobre el Tratado de Niza /12), bien replantearse el criterio de la unanimidad para seguir adelante con el mismo estableciendo algunas cláusulas especiales para ese país; o, en todo caso, potenciar con mayor razón el Eurogrupo o/y las cooperaciones reforzadas dentro de una “geometría variable” convertida ya en norma de funcionamiento y pragmatismo. Pero, dado que esa encrucijada se plantea en el marco de una “tormenta global” y de la crisis de legitimidad que afecta a la propia UE, lo más probable es que la credibilidad del “proyecto europeo” siga perdiendo adeptos. Es lógico, por tanto, que se reabra el debate dentro de la izquierda antineoliberal europea sobre la respuesta a dar a la actual crisis de la UE. Así, en algunos países y desde algunos sectores de izquierda defensores del Estado nacional del Bienestar como referencia se plantea la conveniencia de proponer una salida de la UE o, al menos, del euro, convencidos de que dentro de aquélla y de la moneda única no es posible una política de izquierdas alternativa a la existente. Otros, más vinculados a la izquierda social radical, postulan simplemente el rechazo de todo “proyecto europeo”. Obviamente, no es lo mismo sugerir estas opciones en uno u otro país miembro de la UE, dada la heterogeneidad económica, social y de opiniones públicas existente en su seno. Tampoco sería lo mismo apostar por una salida del euro o de la UE desde un gobierno de izquierdas antineoliberal que desde una fuerza minoritaria en la oposición que difícilmente podría distinguirse de otras nacional-populistas de derechas: en el primer caso sería, además, más coherente, promover lo que Michel Husson (2007) ha definido como una “*estrategia europea de extensión*”, ya que de lo que se trataría es de “*proteger una experiencia de transformación social contra sus adversarios tanto interiores como exteriores*”, un “*proteccionismo cooperativo y transitorio*” que “*no tiene vocación de perdurar y se justifica mientras los otros*

11/ Por eso siguen siendo útiles las críticas que se hicieron desde la izquierda anticapitalista a aquel Tratado, como las que aparecieron en el número 78 de esta revista o libros colectivos como el coordinado por X. Pedrol y G. Pisarello (2004). También, Yves Salessse (2008).

12/ Me remito al artículo de John Meehan en este mismo número de *VIENTO SUR*.

países no se comprometan a su vez en experiencias similares”, a la vez que redefine unilateralmente las relaciones Norte-Sur sobre una base cooperativa.

Pero no parece que haya condiciones a corto plazo para semejante hipótesis, por lo que en cualquier caso sigue siendo necesaria y posible una intensa campaña común desde los movimientos sociales alternativos y la izquierda anticapitalista europea, basada en el rechazo a esta UE y a la política neoliberal y monetarista que desde el Acta Única de 1986 ha conducido al euro y a directivas como la del “retorno” o las 65 horas. Por tanto, deberíamos continuar apostando por la refundación o la reconstrucción de “otra Europa”, desde abajo y desde una libre Unión de los Pueblos, tal como se viene defendiendo desde los Foros Sociales Europeos que se han ido celebrando a partir de Florencia en 2002, ofreciendo así un nuevo imaginario posible antineoliberal y anticapitalista a esa escala. Es más, no sólo habría que seguir ubicándose en el marco europeo sino que, con mayor motivo que en el pasado, tendríamos que hacerlo en el más general de la “tormenta global” a la que estamos asistiendo. Porque, como sostiene Kees van der Pijl (2008), *“la izquierda europea no se puede permitir ‘encerrarse’ en los estrechos límites de la UE sino que debe hacer una apuesta por ampliar sus miras más allá de ésta. Esto no quiere decir, en modo alguno, que deban ignorarse las oportunidades y particularidades europeas, ni que haya que desarrollar una postura ‘antieuropeísta’ sino que la izquierda europea debería desarrollar una perspectiva propia sobre la UE partiendo de una perspectiva global, considerando el equilibrio mundial de fuerzas, los problemas medioambientales, la evolución demográfica del planeta, los flujos migratorios, etc.”*.

Analizar con “gafas globales” la cuestión europea significa también que la tarea de la izquierda anticapitalista no consiste tanto en elaborar un nuevo proyecto de Tratado Constitucional europeo sino, más bien, en desarrollar elementos de un Programa de Acción que puedan llevarse a cabo a escala europea y, a la vez, de forma combinada con las otras escalas, ya sean locales, “nacionales”, estatales o globales. Documentos como la “Carta de Principios por otra Europa” /**13** que se está elaborando en el marco del Foro Social Europeo son buenas herramientas de trabajo en ese camino de construcción práctica y discursiva de “otra Europa”, a su vez con vocación de articularse en el marco de propuestas más globales, como las que se reflejan en los objetivos marcados para el Foro Social Mundial de 2009 /**14**, y sin por ello ignorar las dificultades y los problemas de orientación que afectan a estos espacios de encuentro en sus distintas escalas (VV AA: 2008).

Un eje central dentro de ese programa debería ser, por ejemplo, el de las alternativas a ofrecer frente a la crisis ecológica y energética global. Los debates que están suscitando las propuestas relacionadas con el “alter-desarrollo”, el “decreci-

13/ Se puede consultar en <http://www.fse-esf.org/spip.php?article584>.

14/ Se puede consultar en http://forumsocialmundial.org.br/noticias_01.php?cd_news=2449&cd_language=4. Hay que reconocer en la mayor concreción de algunos de esos objetivos, fijados ya en Nairobi, algunos avances notables.

miento” /15 o, en términos más concretos, la necesidad de emprender la transición a una era *post-fosilista* basada en la energía solar implican, más allá de los desacuerdos en el seno del propio ecologismo sobre el contenido de esos conceptos, un cuestionamiento profundo del “crecimiento económico” y, sobre todo, del modelo de producción, transporte y consumo que predomina a escala mundial, en suma, del modo de vida y de sociedad. Una orientación rupturista con el mismo -y, por tanto, con el capitalismo- ha de plantearse a ese nivel y ello supone una confrontación abierta con la constelación transnacional de poderes que pretende limitarse a adornar con un ambientalismo *light* la continuidad del sistema; pero también con el arraigo alcanzado por ese “modo de vida” entre los y las de abajo. Por eso ambos planos deberían reflejarse en propuestas de luchas y medidas concretas en las distintas escalas que se conviertan en “profecías ejemplares” capaces de ir forzando un giro ecosocial alternativo. El sector del transporte en general y el de carretera en particular, intensamente basado en el petróleo, es un caso representativo del desafío al cambio radical de “modelo” que habría que proponer si queremos frenar el rumbo ecocida actual dentro de la propia UE, ya que, como sostiene Antonio Estevan, “*el complejo automóvil-obra civil-carburantes se ha convertido en el primer poder económico y mediático de todos los países desarrollados y ha modelado el territorio, y aun la sociedad entera y sus pautas de comportamiento, en función de su conveniencia*” (2005: 359). La propuesta de campaña europea sobre el cambio climático presentada en la reunión de la Conferencia Anticapitalista Europea celebrada en París a finales de mayo de este año incluye un buen documento de partida sobre esta materia (Menghini, 2008).

Lo mismo cabría sostener frente a la corrupción (incluida la que se da gracias a una parte nada despreciable de los Fondos Estructurales y de Cohesión, de la PAC y de las ayudas en general dentro de la UE, no sólo en casos extremos como el de Bulgaria) y el parasitismo reinantes que están saliendo a flote tras el estallido de la burbuja financiera e inmobiliaria. Medidas como un impuesto internacional sobre los movimientos de capital, impuestos globales sobre los grandes beneficios de las empresas transnacionales, la supresión de los paraísos fiscales (el caso de Liechtenstein no debe hacernos olvidar los que existen dentro de la UE, incluida la City de Londres), la denuncia de “sociedades financieras” como Clearstream, el fin de la “autonomía” de los Bancos Centrales, no son sólo necesarias sino que deberían ir acompañadas de la “desprivatización” y socialización de sectores clave de la economía como el financiero y el energético. Porque, aun reconociendo las diferencias, deberíamos ofrecer como horizonte seguir el ejemplo del camino marcado por las luchas de los pueblos indígenas y latinoamericanos, radicalmente contrario al de la socialización de las pérdidas que pretenden ahora los portavoces del capital especulativo y que en realidad no es más que lo que ha sido acertadamente defini-

15/ Para un breve recorrido por las principales aportaciones aparecidas hasta ahora sobre este tema se puede consultar el artículo de Paco Fernández Buey “¿Es el decrecimiento una utopía realizable?”, en *Papeles de relaciones sociales y cambio global*, 100, 53-61, CIP-Ecosocial, 2007-2008.

do como el “socialismo de los banqueros y de las mafias del suelo”. Es precisamente el derecho de los pueblos a la defensa y autogestión de los “bienes comunes”, de aquellos sectores y servicios que deben ir dirigidos a la satisfacción de las necesidades y capacidades (conceptos que, a su vez, deben ser reformulados) del conjunto de la humanidad y a la preservación ambiental, y por tanto han de ser desmercantilizados, el objetivo que mejor puede constituirse en eje de reconstrucción de un nuevo internacionalismo, unido a exigencias como la soberanía alimentaria (y, por tanto, contra la PAC de la UE), la abolición de la deuda externa de los pueblos empobrecidos y la restitución de la deuda histórica, ecológica y social del “Norte” hacia el “Sur”. En resumen, todo lo que se puede expresar en eslóganes como *“el mundo no está en venta”* o *“nuestras vidas valen más que sus beneficios”*, hoy con una popularidad creciente en tantos lugares, debería servir para volver a poner en el centro del debate la confrontación con principios “sagrados” del capitalismo como los derechos patrimoniales de la propiedad privada y su *lex mercatoria*, así como el papel de la gran mayoría de los Estados al servicio de los grandes poderes económicos transnacionales.

Junto a esas luchas que, en lenguaje “polanyiano”, reflejarían la tendencia a la autodefensa de la sociedad de los y las de abajo frente a los estragos de un neoliberalismo en crisis, sigue siendo necesario relanzar las que se han de dar en el centro de la explotación capitalista en torno a las exigencias tanto de un empleo digno y estable como de una reducción drástica de la semana laboral. Es aquí donde las nuevas directivas de la UE quieren forzar una discontinuidad histórica que sería catastrófica, ya que pretende sustituir el viejo eslogan de los 70, *“trabajar menos para trabajar todos y todas”*, por *“trabajar más y peor para ganar menos todos y todas”*, extendiendo así cada vez más la categoría de los *“working poors”* (Álvarez y Medialdea, 2005), especialmente entre las mujeres inmigrantes.

Porque si hay una cuestión que se convierte hoy en una prueba decisiva a corto plazo, es la relacionada con la fuerza de trabajo inmigrante “no comunitaria” y la necesidad de reconstruir con ella la unidad de un movimiento obrero europeo cada vez más etnificado y feminizado. Por eso tímidas iniciativas como la que los sindicatos de la CES anuncian para el 7 de octubre deberían ir dirigidas a asociar la lucha contra la directiva de las 65 horas a la que ha de emprenderse contra la de “retorno”, buscando así fusionar al conjunto de la clase trabajadora en un combate común. Porque es la directiva de “retorno” la que permitirá al capital europeo y a los Estados controlar a conveniencia los “flujos migratorios”, disponiendo a su gusto de los sectores más vulnerables de la clase obrera dentro de esa “carrera hacia abajo” de los salarios y de las condiciones laborales, al mismo tiempo que recluyen a otros en verdaderos campos de concentración dentro y fuera de las fronteras de la UE. De la capacidad de emprender un amplio movimiento de desobediencia civil a esa directiva depende, además, que podamos frenar el avance del racismo en Europa, en estrecha alianza con los pueblos más afectados, como los de América Latina y África, como sin duda se ha de plantear

en el marco del Foro Mundial de Migraciones. Paralelamente, no podemos renunciar a que esas luchas defensivas vayan unidas tanto a la defensa de derechos básicos (como los de libre circulación y residencia de las personas y no del capital) como a la necesidad de un giro radical hacia la armonización por arriba de los derechos sociales, de la política fiscal y de la protección social en el marco de la UE, como se propone desde la Carta de Principios por otra Europa.

La cuestión de la democracia, en sus distintas dimensiones -republicana, representativa, participativa, plurinacional, paritaria, intercultural- unida a la defensa de las libertades y derechos fundamentales y contra todo tipo de discriminaciones, ha de ser otra bandera que ha de enarbolar la izquierda anticapitalista frente a la carrera actual hacia el “despotismo antiilustrado” de la UE. En realidad, la aspiración a una democracia radical debería conducir a nuevos procesos constituyentes a escala de cada país y de la UE, como ya está ocurriendo en América Latina y como con mayor razón deberíamos propugnar en el caso español. Estamos todavía lejos de las condiciones que los harían posibles aquí pero no por ello debemos dejar de aprender de esas experiencias y, sobre todo, poner en primer plano las de mayor actualidad. La lista de medidas elementales para avanzar por ese camino es ya larga: desde la exigencia del derecho de ciudadanía basada en la residencia (para todo tipo de elecciones y sin tener que exigir a cambio, como anuncia Zapatero, reciprocidad de los países de origen), el voto a los 16 años y sistemas electorales proporcionales puros hasta el reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos, la diversidad cultural, la laicidad del Estado y la despenalización del aborto, pasando por la regulación flexible de los referendos y las consultas populares, la puesta en pie de sistemas de revocación y rotatividad, la austeridad en las campañas electorales, o la derogación de la legislación de excepción.

A la denuncia de una UE motor de la globalización neoliberal, antisocial, patriarcal y racista habría que sumar la relevancia cada vez mayor de su propio papel neocolonial y militarista, sobre todo en zonas clave como Oriente Medio, Asia Central y el Mediterráneo en general, en el marco de la OTAN. El 60 aniversario de esta organización en 2009 debería ser una ocasión para exigir la desvinculación de cada país y de toda la UE de la misma, como ya se propone desde la Conferencia de la Izquierda Anticapitalista Europea, junto con la retirada de Afganistán y Líbano, la ruptura de los acuerdos con el Estado de Israel o la reducción drástica de los gastos militares.

En torno a éste y a otros ejes parece posible ir fortaleciendo los lazos y emprender iniciativas comunes entre las distintas redes de activistas existentes a escala europea y, a la vez, con otras de distintos continentes (como es el caso de “Enlazando alternativas” y las campañas contra el papel de las multinacionales europeas en continentes como el africano o el latinoamericano /16), como se propone en el marco del Foro Social Europeo de este mes de septiembre en Malmö.

16/ Véase, por ejemplo, el dictamen del Tribunal Permanente de los Pueblos sobre Políticas neoliberales y Transnacionales Europeas en América latina y Caribe (21/5/07) en www.cadm.org/spip.php?article3383.

Pero, siendo todo esto necesario, la posibilidad de arrancar victorias parciales y, sobre todo, de frenar el rumbo actual de la UE dependerá, mucho más que en el pasado, de que se recompongan tanto un “nuevo” movimiento obrero como otra izquierda dispuesta a no dejarse arrastrar por el discurso “europeísta” dominante, mera coartada al capital para hacer tabla rasa de las conquistas históricas logradas tras la Segunda Guerra Mundial. Será articulando y extendiendo luchas y campañas y forjando amplias convergencias en torno a todas ellas entre redes, movimientos y fuerzas políticas como se podrá ir creando contrapoderes capaces de contrarrestar la ofensiva de la derecha y el capital a escala también de la UE. Porque no debemos olvidar que han sido muchas las protestas que en el pasado se han dado contra las políticas dictadas desde Bruselas, sobre todo tras el Tratado de Maastricht, como recuerda Sidney Tarrow (2008); el problema ha estado en que muchas de ellas fueron sectoriales, aisladas o limitadas al marco de cada país o región sin llegar a dar el salto a toda la UE o, al menos, a varios países. Por eso, ahora, como propone John Meehan, los “no” francés, holandés e irlandés deberían ayudar a hacer emerger otra alternativa europea.

3. (Re)construir otra izquierda

Si no es fácil prever las formas que ha de tomar un sindicalismo alternativo y sociopolítico en los próximos años, aunque hay experiencias esperanzadoras en distintos países, podemos al menos apuntar algo en el plano más político. Porque la experiencia del último período, sobre todo la vivida en países como Italia, Francia, Alemania o el Estado español, ha demostrado que el problema en la izquierda no ha estado tanto en redactar programas y tesis políticas -o en proclamarse alternativas y anticapitalistas- como en la estrategia y la táctica políticas capaces de hacer frente y sin concesiones a la agenda neoliberal y autoritaria de la UE. El caso de Rifondazione Comunista ha sido la demostración más dramática del fracaso de un discurso anticapitalista que fue viéndose vaciado por una práctica de subalternidad hacia un “centro-izquierda” que ha acabado conduciéndola a su suicidio político como fuerza política y parlamentaria. El de Izquierda Unida ha sido más lento y gradual e incluso no ha llegado tan lejos como el italiano en su proceso de derechización; pero el resultado está siendo el mismo: pérdida de fuerza vital y autismo de la mayoría de su dirección federal para reconocer la gravedad del descalabro sufrido, limitándose a tratar de preservar un modesto nicho electoral ante la mayor derechización del PSOE. En cambio, otras experiencias como la ya más larga de la Alianza Rojiverde en Dinamarca, la del Bloco de Esquerda en Portugal o la del Nuevo Partido Anticapitalista que promueve la LCR en Francia ofrecen ejemplos estimulantes de reconstrucción -o construcción sobre bases nuevas- de una izquierda que no esté dispuesta a subordinar su programa y sus objetivos a la participación -o colaboración estrecha- en gobiernos cuya mayoría no sólo no se enfrenta en absoluto a las constricciones sistémicas de esta UE sino que, además, impulsa contrarreformas que favorecen ese camino. En cambio, la frustrada experiencia del

principal referente italiano del Partido de la Izquierda Europea y la falta de definición clara de éste ante cuestiones como la de la participación gubernamental restan credibilidad al mismo para ser un eje central en la removilización social y la recomposición de una “izquierda de izquierdas”. Una izquierda que, como recuerda Sinistra Critica, “se construye en el seno de las contradicciones y del conflicto social, no en los palacios o, peor, en los salones”. Urge, por tanto, revitalizar la Conferencia de la Izquierda Anticapitalista Europea como polo alternativo capaz de hacer posible Otra Izquierda para Otra Europa.

Jaime Pastor es profesor titular de la UNED, miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR* y militante de Espacio Alternativo.

Referencias

- Álvarez, N. y Medialdea, B. (2005) “Ajuste neoliberal y pobreza salarial: los ‘working poor’ en la UE”. *VIENTO SUR*, 82, 56-64.
- Blackburn, R. (2005) “El capital y la Europa Social”. *New Left Review*, 34, 59-83 (ed. Esp.).
- Caffentzis, G. (2008) “A Discourse on Prophetic Method: Oil Crises and Political Economy, Past and Future” (disponible en www.radicalpolitics.org/caffentzis/discourse_on_prophetic_method.pdf).
- Davis, M. (2008) “Bienvenidos al holoceno”, 27/6/08, www.sinpermiso.info.
- Estevan, A. (2005) “La enfermedad del transporte”. En J. M. Naredo y T. Gutiérrez (eds.) *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)*. Granada: Universidad de Granada-Fundación César Manrique.
- Euromemorandum Group (2007) “Pleno Empleo con trabajo digno, Servicios Públicos potentes y Cooperación Internacional” (disponible en www.memo-europe.uni-bremen.de/downloads/EM07_Spanish.pdf).
- Evans, P. (2008) “Is an Alternative Globalization Possible?”. *Politics & society*, 36, 2, 271-305.
- Etxezarreta, M. (2008) “La evolución (perversa) de la política social de la UE”. *Revista internacional de filosofía política*, 31 (en prensa).
- Fernández Durán, R. (2008) *El crepúsculo de la era trágica del petróleo barato. Pico del oro negro y colapso financiero (y ecológico) mundial*. Barcelona: Virus.
- Gowan, P. (2006) “La Europa de Hayek y su deriva hacia la incoherencia”. En F. Duque et al., *Buscando imágenes para Europa*. Madrid: Círculo de Bellas Artes.
- Hermann, Ch. y Hofbauer, I. (2007) “The European social model: Between competitive modernisation and neoliberal resistance”. *Capital and class*, 93, 125-139.
- Husson, M. (2007) “Por una estrategia de transformación social”. *VIENTO SUR*, 90, 69-79.
- Menghini, L. (2008) «Propositions pour une campagne européenne sur les changements climatiques». *Inprecor*, 539-540, 32-34, www.inprecor.org.
- Pan-Montojo, J. (2003) “Las privatizaciones en el debate público español, 1996-2000”. *Historia y política*, 1, 9, 185-215.
- Paye, J-C (2008) *Final del Estado de derecho*. Hondarribia: Hiru.
- Pedrol, X. y Pisarello, G., eds (2004) *La ilusión constitucional*. Barcelona: El Viejo Topo.